

en los ojos: Señor D. Pedro, socórrame vd. con una peseta, por Dios, que se muere de hambre mi familia, y yo soy un pobre vergonzante que no tengo ni el arbitrio de pedir de puerta en puerta, y me he determinado á pedirle á vd. confiado en que me socorrerá con esta pequeñez, siquiera porque se lo pido por el alma de mi hermano el difunto D. Manuel Sarmiento, de quien se debe vd. de acordar, y si no se acuerda, sepa que le hablo de su padre, el marido de Doña Ines de Tagle, que vivió muchos años en la calle del Aguila donde vd. nació, y murió en la de Tiburcio, despues de haber sido relator de esta real Audiencia, y . . . Basta, le dije: las señas prueban que vd. conoció á mi padre, pero no que es mi pariente, porque yo no tengo parientes pobres: vaya vd. con Dios.

Diciendo esto, subí la escalera dejándolo con la palabra en la boca sin socorro, y tan exasperado con mi mal acogimiento, que no tuvo mas despique que hartarme á maldiciones, tratándome de cruel, ingrato, soberbio y desconocido. Los criados que oyeron cómo se proferia contra mí, por lisongearme lo echaron á palos, y yo presencié la escena desde el corredor riéndome á carcajadas.

Comí, y dormí buena siesta, y á la noche fuí á una tertulia donde perdí quince onzas en el monte, y me volví á casa muy sereno y sin la menor pesadumbre; pero no tuve una peseta para socorrer á mi desdichado tío. Me dicen que hay muchos ricos que se manejan hoy como yo entonces: si es cierto, apenas se puede creer.

Así pasé dos ó tres, meses hasta que Dios dijo: basta.

CAPITULO VII.

En el que Perico cuenta el maldito modo con que salió de la casa del chino, con otras cosas muy bonitas; pero es menester leerlas para saberlas.

Como no hay hombre tan malo que no tenga alguna partida buena, yo, en medio de mis extravíos y disipacion, conservaba algunas semillas de sensibilidad, aunque embotadas con mi soberbia, y tal cual respetillo y amor á mi religion, por cuyo motivo, y deseando conquistar á mi amo para que se hiciera cristiano, lo llevaba á las fiestas mas lucidas que se hacian en algunos templos, cuya magnificencia lo sorprendia, y yo veia con gusto y edificacion el grande respeto y devocion con que asistia á ellas, no solo haciendo ó imitando lo que veia hacer á los fieles, sino dando ejemplo de modestia á los irreverentes, porque despues que estaba arrodillado todo el tiempo del sacrificio, no alzaba la vista, ni volvia la cabeza, ni charlabá, ni hacia otras acciones indevotas que muchos cristianos hacen en tales lugares, con ultrage del lugar y del divino culto.

Yo advertí que movia los labios como que rezaba, y como sabia que ignoraba nuestras oraciones y no tenia motivo para pensar que creia en nuestra religion, me hacia fuerza, y un dia, por salir de dudas, le pregunté, ¿qué decia á Dios cuando oraba en el templo? A lo que me contestó: yo no sé si tu Dios existe ó no existe en aquel precioso relicario que me enseñas; pero pues tú lo dices y todos los cristianos lo creen, razones sólidas, pruebas y experiencias tendrán para asegurarlo. A mas de esto, considero que en caso de ser cierto, el Dios que tú adoras no puede ser otro sino el mayor ó el Dios de los dioses, y á quien estos viven sujetos y subordinados: seguramente adorais á Laocon Izautey, que es el gobernador del cielo, y en esta creencia le digo: *Dios grande, á quien adoro en este*

templo, compadécete de mí, y haz que te amen cuantos te conocen para que sean felices. Esta oracion repito muchas veces.

Absorto me dejó el chino con su respuesta; y provocado con ella, trataba de que se enamorara mas y mas de nuestra religion, y que se instruyera en ella; pero como no me hallaba suficiente para esta empresa, le propuse que seria muy propio á su decencia y porte que tuviera en su casa un capellan. ¿Qué es capellan, me preguntó; y le dije que capellanes eran los ministros de la religion católica que vivian con los grandes señores, como él, para decirles misa, confesarlos y administrarles los santos sacramentos en sus casas, previa la licencia de los obispos y los párrocos.

Eso está muy bueno, me dijo, para vosotros los cristianos que estais instruidos en vuestra religion, que os obliga, y obedecereis exactísimamente sus preceptos; pero no para mí que soy extranjero, ignorante de vuestros ritos, y que por lo mismo no los podré cumplir.

No, señor, le dije: no todos los que tienen capellanes cumplen exactamente con los preceptos de nuestra religion. Algunos hay que tienen capellanes por ceremonia, y tal vez no se confiesan con ellos en diez años, ni les oyen una misa en veinte meses. ¿Pues entonces de qué sirven, decia el chino? De mucho, le respondí: sirven de decir misa á los criados dentro de la casa para que no salgan á la calle y hagan falta á sus obligaciones: sirven de adorno en la casa, de ostentacion del lujo, de subir y bajar del coche á las señoras, de conversar en la mesa, y alguna ocasion de llevar una carta al correo, de cobrar una libranza, de hacer tercio á la malilla, ó de cosas semejantes.

Eso es decir, repuso el chino, que en tu tierra los ricos mantienen en sus casas ministros de la religion mas por lujo y vanidad que por devocion, y estos sirven mas bien de adu-

lar que de corregir los vicios de sus amos, patronos ó como les llames.

No, no he dicho tanto, le repliqué: no en todas las casas se manejan de una misma manera. Casas hay en donde se hace lo que te digo, y capellanes serviles que no atendiendo al decoro debido á su carácter, se prostituyen á adular á los señores y señoras, en términos de ser mandaderos y escuderos de estas; pero hay otras casas que no teniendo los capellanes por cumplimiento sino por devocion, les dan toda la estimacion debida á su alta dignidad; ya se ve, que tambien estos capellanes no son unos cleriguitos de palillera, seculares disfrazados, tontos enredados en tafetan ni paño negro, ni son, en dos palabras, unos ignorantes inmorales, que con escándalo del pueblo y vilipendio de su carácter, den la mano á sus patronos para abreviarles el paso á los infiernos en su compañía, ya contemporizando con ellos infamemente en el confesonario, ya tolerándoles en la ocasion próxima voluntaria, ya absolviéndoles sus usuras, ya ampliándoles sus conciencias con unas opiniones laxísimas y nada seguras, ya apoyándoles sus mas reprobables extravíos, y ya en fin, confirmándolos en su error, no solo con sus máximas, sino tambien con sus ejemplos detestables. Porque ¿qué hará una familia libertina si ve que el capellan, que es ó debe ser un apóstol, un ministro del santuario, un perro que sin cesar ladre contra el vicio sin el menor miramiento á las personas, una pauta viva por cuyas líneas se reglen las acciones de los fieles, un maestro de la ley, un ángel, una guia segura, una luz clarísima y un Dios tutelar de la casa en que vive, que todo esto y mas debe ser un sacerdote, ¿qué hara, digo, una familia que se entrega á su direccion, si ve que el capellan es el primero que viste con lujo, que concurre á los bailes y á los juegos, que afecta en el estrado con las niñas las reverencias, mieles y monerías de los mas frescos pisaverdes &c. &c. &c? ¿Qué hará, digo otra vez,

sino canonizar sus vicios y tenerse por santa, cuando no imite en todo al capellan?

Ya veo, señor, que vd. dirá que es imposible que haya capellanes tan inmorales, y patronos tan necios que los tengan en sus casas; pero yo le digo: que ¡ojalá fuera imposible! no hubiera conocido yo algunos originales cuyos retratos le pinto; pero en cambio de estos hay tambien, como insinué, casas santas y capellanes sabios y virtuosos, que su presencia, modestia y compostura solamente enfrenan no solo á los criados y dependientes, sino á los mismos señores, aunque sean condes y marqueses. Capellanes he conocido tan arreglados en su conducta y tan celosos de la honra de Dios, que no se han embarazado para decir á sus patronos la verdad sin disimulo, reprendiéndoles seriamente sus vicios, estimulándolos á la virtud con sus persuasiones y ejemplos, y abandonando sus casas cuando han hallado una tenaz oposicion á la razon.

De esos capellanes me acomodan, dijo el chino: y desde luego puedes solicitar uno de ellos para casa; pero ya te advierto que sea sabio y virtuoso, porque no lo quiero para mueble ni adorno. Si puede ser, búscamelo viejo, porque cuando las canas no prueben ciencia ni virtud, prueban á lo menos experiencia.

Con este decreto partí yo contentísimo en solicitud del capellan, creyendo que habia hecho algo bueno, y diciendo entre mí, ¡válgame Dios! ¡qué porcion de verdades he dicho á mi amo en un instante! No hay duda: para misionero valgo lo que peso cuando estoy para ello. Pudiera coger un púlpito en las manos y andarme por esos mundos de Dios predicando lindezas, como decia Sancho á D. Quijote.

Pero ¿en qué estará que conociendo tan bien la verdad, sabiendo decirla, y alabando la virtud con ultrage del vicio, como lo hago á veces tan razonablemente en favor de otros, para mí sea tan para nada, que en la vida me predico un sermonecito?

¿En qué estará tambien que sea yo un Argos para ver los vicios de mis prójimos, y un Cíclope para no advertir los míos? ¿Por qué yo, que veo la paja del vecino, no veo la viga que traigo á cuestras? ¿Por qué, ya que quiero ser el reformador del mundo, no empiezo componiendo mis despilfarros, que infinitos tengo que componer? Y por fin, ¿por qué ya que me gusta dar buenos consejos, no los tomo para mí, cuando me los dan? Cierto que para diablo predicador no tengo precio.

Pero ya se ve, ¿qué me admiro de decir á veces unas verdades claras, de elogiar la virtud, ni reprobar el vicio, acaso con provecho de quien me oye, cuando esto no lo hago yo sino Dios, de quien dimana todo bien? Sí, en efecto, Dios se ha valido de mí para traer un buen ministro á este chino, tal vez para que abrace la religion católica; y como se valió de mí ¿no se pudo haber valido de otro instrumento mejor ó peor que yo? ¿Quién lo duda?

Pero la Divina Providencia no hace las cosas por acaso, sino ordenadas á nuestro bien, y segun esto ¿por qué no he de pensar que Dios me ha puesto todo esto en la cabeza no solo para que se bautice el chino, sino tambien para que yo me convierta y mude de vida?

Así debe ser, y yo estoy en el caso de no desperdiciar este auxilio, sino corresponderlo sin demora. Pero soy el diablo. Mientras no veo á mis amigos, ni á mis queridas, pienso con juicio; pero en cuanto estoy con ellos y con ellas, se me olvidan los buenos propósitos que hago, y vuelvo á mis andanzas.

No son estos los primeros que hago, ni el primer sermón que me predico varios he hecho, y siempre me he quedado tan Periquillo como siempre, semejante á la burra de Balaan, que despues de amonestar al inicuo, se quedó tan burra como era antes.

¿Pero siempre he de ser un obstinado? ¿No me docilitaré alguna vez á los suaves avisos de mi conciencia, y no respon-

deré algun dia á los llamamientos de Dios? ¡Por qué no? Hé: vida nueva, señor Perico: acordémonos que estamos empecata- dos de la cruz á la cola: que somos mortales: que hay infer- no: que hay eternidad, y que la muerte vendrá como el ladron cuando no se espere, y nos cogerá desprevenidos, y entonces nos llevarán toditos los diablos en un brinco.

Pues no: á penitencia han tocado, Periquillo: penitencia y tente perro, que las cosas de esta vida hoy son y mañana no. Buscaré al capellan, lo encargaré de ciencia, prudencia y ex- periencia: me confesaré con él: me quitaré de las malas oca- siones; y á Dios tertulias, á Dios paseos, alameda, coliseo y visitas: á Dios almuerцитos de Nana Rosa: á Dios villares y montecitos: á Dios amigos: á Dios Pepitas, Tulitas y Mariqui- tas: á Dios galas: á Dios disipacion: á Dios mundo: un santo he de ser desde hoy, un santo.

¡Pero qué dirán los tunantes mis amigos y mis apasiona- das? ¡Dirán que soy un mocho, un hipócrita, que por no gas- tar me he metido á buen vivir, y otras cosas que no me han de saber muy bien? Pero ¡qué tenemos con esto? Digan lo que quisieren, que ellos no me han de sacar del infierno.

Con estos buenos, aunque superficiales sentimientos, me en- tré en casa de D. Prudencio, amigo mio y hombre de bien que tenia tertulia en su casa. Le dije lo que solicitaba, y él me dijo: puntualmente hay lo que vd. busca. Mi tío el Dr. D. Eugenio Bonifacio es un eclesiástico viejo, de una con- ducta muy arreglada y un pozo de ciencia, segun dicen los que saben. Ahora está muy pobre porque le han concursado sus capellanías, y es tan bueno, que no se ha querido meter en pleitos, porque dice que la tranquilidad de su espíritu vale mas que todo el oro del mundo. Le propondré este destino, y creo que lo admitirá con mucho gusto. Voy á mandarlo llamar ahora mismo, porque el llanto debe ser sobre el difunto.

Diciendo esto, se salió D. Prudencio: me sacaron chocola-

te, y mientras que lo tomé dieron las oraciones y fueron en- trando mis contertulios.

Se comenzó á armar la bola de hombres y mugeres, y los bandolones fueron despertando los ánimos dormidos y ponien- do los piés en movimiento.

Como á las siete de la noche ya estaba la cosa bien calien- te, y yo me habia sostenido sin querer bailar nada, acordán- dome de mis buenos propósitos, causando á todos bastante no- vedad mi chiqueo, pues nadie me hizo bailar aun despues de gastar la saliva en muchos ruegos.

Yo bien queria bailar, sobre que estas fiestecillas eran mi flanco mas débil: los piés me hormigueaban; pero queria en- sayarme á firme en medio de la ocasion, y mantenerme ileso entre las llamas, y así me decia: no, Perico, cuidado: no hay que desmayar: nadie es coronado si no pelea hasta el fin: áni- mo, y acabemos lo comenzado: mantente tieso.

En estos interiores soliloquios me entretenia, satisfecho en que mis propósitos eran ciertos, pues me habia sujetado á no bailar en dos horas, y habia tenido esfuerzo para resistir no solo á los ruegos y persuasiones de mis amigos, sino tambien á las porfiadas instancias de varias señoritas que no se cansa- ban de importunarme con que bailara, ya porque meneaba bien las patas, y ya porque tenia dinero. Poderosísima razon para ser bien quisto entre las damas.

Sin embargo, yo desairé á todas las rogonas, y hubiera des- airado al Preste Juan en aquel momento, pues no queria que- brantar mis promesas.

Pero á las siete y media fué entrando á la tertulia Anita la Blanda, muchacha linda como ella sola, zaragata como nadie, y mi coquetilla favorita. Con esta tenia yo mis conversacio- nes en las tertulias: era mi inseparable compañera en las con- tradanzas, y no tenia mas que hacer para que me distingüie- ra entre todos sino llevarla á su casa, despues de hacerla ce-

nar y tomar vino en la fonda, dejarla para otro dia seis ú ocho pesos, y hacerla unos cuantos cariños. Todo esto muy honradamente, porque iba siempre acompañada con su tia.... pues.... con su tia, que era una buena vieja.

Entró, digo, esa noche mi Anita vestida con un túnico azul nevado de tafetan con su guarnicion blanca; su chal de punto blanco: zapatos del mismo color: media calada, y peinada á lo del dia. Vestido muy sencillo; pero si con cualquier me agradaba, esa noche me pareció una diosa con el que llevaba, porque sobre estos colores bajos resaltaban lo dorado de sus cabellos, lo negro de sus ojos, lo rosado de sus mejillas, lo purpúreo de sus labios y lo blanco de sus pechos.

Luego que se sentó en el estrado se me fueron los ojos tras ella; pero me hice disimulado, platicando con un amigo y haciendo por no verla; mas ella advirtiendo mi disimulo, noticiosa de que no habia querido bailar, y temiendo no estuviera yo sentido por algun motivo suyo, que me los daba cada rato, se llegó á mí y me dijo mas tierna que mantequilla: Pedrillo, ¿no me has visto? Me dicen que no has querido bailar y que has estado muy triste: ¿qué tienes? Nada, señora, le dije con la mayor circunspeccion.—¿Pues qué estas enfermo? Sí estoy, le dije: tengo un dolor. ¿Un dolor? decia ella: pues no, mi alma, no lo sufras: el señor D. Prudencio me estima: ven á la recámara, te mandaré hervir una poca de agua de manzanilla ó de anís, y la tomarás. Será dolor flatoso.

No es dolor de aire, le dije, es mas sólido y es dolor provechoso. Váyase vd. á bailar. Yo hablaba del dolor de mis pechos; pero la muchacha entendia que era enfermedad de mi cuerpo, y así, me instaba demasiado haciéndome mil caricias, hasta que viendo mi resistencia y despego, se enfadó, me dejó, y admitió á su lado á otro currutaquillo que siempre habia sido mi rival y estaba alerta para aprovechar la ocasion de que yo la abandonara.

Luego que ella se la proporcionó, se sentó él con ella, y la comenzó á requebrar con todas veras. La fortuna mia fué que era pobre, si no me desbanca en cuatro ó cinco minutos, porque era mas buen mozo que yo.

Advirtiendo el desden de ella y la vehemente diligencia que hacia mi rival, se me encendió tal fuego de zelos, que eché á un lado mis reflexiones y se llevó el diablo mis proyectos.

Me levanté como un leon furioso: fuí á reconvenir al otro pobre con los términos mas impolíticos y provocativos. La muchacha, que aunque loquilla era mas prudente que yo, procuró disimular su diligencia, y serenó la disputa, haciéndome muchos mimos, y quedamos tan amigos como siempre.

Luego que eché á las ancas mi conversion, bailé, bebí, retozé y desafié á Anita para que cuerpo á cuerpo me diese satisfaccion de los zelos que me habia causado. Ella se escusó diciéndome que estaban prohibidos los duelos, y mas siendo tan desiguales.

En lo mas fervoroso de mi chacota estaba yo, cuando D. Prudencio me avisó que habia llegado su tio el doctor, que pasara á contestar con él al gabinete para que de mi boca oyera la propuesta que le hacia.

No estaba yo para contestar con doctores; y así hurtando un medio cuarto de hora, entré al gabinete y despaché muy breve todo el negocio, quedando con el padre en que á las ocho del dia siguiente vendria por él para llevarlo á casa.

Quería el pobre sacerdote informarse despacio de todo lo que le habia contado su sobrino; pero yo no me presté á sus deseos, diciéndole que á otro dia nos veriamos y le satisfaria á cuanto me quisiese preguntar. Con esto me despedí, quedando en el concepto de aquel buen eclesiástico por un trone-ra mal criado.

Así que me despedí de él, me volví con Anita, y á las nueve, hora en que me recogia á lo mas tarde por respeto de mi amo,

y eso á costa de mil mentiras que le encajaba, la fuí á dejar á su casa tan honrada como siempre, y me retiré á la mia.

Cuando llegué ya dormia el chino, y así yo cené muy bien y me fuí á hacer lo mismo.

Al dia siguiente y á la hora citada fuí por el padre doctor, que ya me esperaba en casa de D. Prudencio: lo hice subir en el coche y lo llevé á la presencia de mi amo.

Este respetable eclesiástico era alto, blanco, delgado, bien proporcionado de facciones, sus ojos eran negros y vivos, su semblante entre serio y afable, y su cabeza parecia un copo de nieve. Luego que entré á la sala donde estaba mi amo, le dije: señor, este padre es el que he solicitado para capellan, segun lo que hablamos ayer.

El chino, luego que lo vió, se levantó de su butaque y se fué á él con los brazos abiertos, y estrechándolo en ellos con el mas cariñoso respeto, le dijo: me doy los plácemes, señor, porque habeis venido á honrar esta casa que desde ahora podeis contar por vuestra; y si vuestra conducta y sabiduría corresponden á lo emblanquecido de vuestra cabeza, seguramente yo seré vuestro mejor amigo.

Os he traído á mi casa, porque me dice Pedro que es costumbre de los señores de su tierra tener capellanes en sus casas. Yo desde antes de salir de la mia, supe que era muy debido á la prudencia el conformarse con las costumbres de los países donde uno vive, especialmente cuando estas no son perjudiciales, y así ya podeis quedaros aquí desde este momento, siendo de vuestro cargo sacrificar á vuestro Dios por mi salud, y hacer que todos mis criados vivan con arreglo á su religion, porque me parece que andan algo extraviados. Tambien me instruireis en vuestra creencia y dogmas, pues aunque sea por curiosidad, deseo saberlos, y por fin sereis mi maestro y me enseñareis todo cuanto consideréis que debe saber de vuestra tierra un extranjero que ha venido á ella solo por ver.

estos mundos; y por lo que toca al salario que habeis de gozar, vos mismo os lo tazareis á vuestro gusto.

El capellan estuvo atento á cuanto le dijo mi amo, y así le contestó: que haria cuanto estuviera de su parte para que la familia anduviese arreglada: que lo instruiria de buena gana no solo en los principios de la religion católica, sino en cuanto le preguntara y quisiera saber del reino: que acerca de su honorario, en teniendo mesa y ropa, con muy poco dinero le sobraba para sus necesidades; pero que supuesto le hacia cargo de la familia, era menester tambien que le confriese cierta autoridad sobre ella, de modo que pudiera corregir á los discolos y expeler en caso preciso á los incorregibles, pues solo así le tendrian respeto y se conseguiria su buen deseo.

Parecióle muy bien á mi amo la propuesta, y le dijo: que le daba toda la autoridad que él tenia en la casa para que encomendará cuanto fuera necesario. El capellan fué á llevar su cama, baúl y libros, y á solicitar la licencia para que hubiera oratorio privado.

Lo primero se hizo en el dia, y lo segundo no se dificultó conseguir, de modo que á los quince dias ya se decia misa en la casa.

De dia en dia se aumentaba la confianza que hacia mi amo del capellan y el amor que le iba tomando. Querian los mas de los criados vivir á sus anchuras con él, así como vivian conmigo, pero no lo consiguieron; pronto los echó á la calle y acomodó otros buenos. La casa se convirtió en un conventito. Se oia misa todos los dias: se rezaba el rosario todas las noches: se comulgaba cada mes: no habia salidas ni paseos nocturnos, y á mí se me obligaba como á uno de tantos á la observancia de estas religiosas constituciones.

Ya se deja entender qué tal estaria yo con esta vida: desesperado precisamente, considerando que habia buscado el cuervo que me sacara los ojos; sin embargo, disimulaba y sufría á

mas no poder, siquiera por no perder el manejo del dinero, la estimacion que tenia en la calle y el coche de cuando en cuando.

Quisiera poner en mal al capellan y deshacerme de él; pero no me determinaba, porque veia lo mucho que mi amo lo queria. Desde que fué á la casa, sacaba á pasear á mi amo con frecuencia á coche y á pié, llevándolo no solo á los templos como yo, sino á los paseos, tertulias, visitas, coliseo y á cuantas partes habia concurrencia, de suerte que en poco tiempo ya mi amo contaba con varios señores mexicanos que lo visitaban y le profesaban amistad, haciendo yo en la casa el papel mas desaraido, pues apenas me tenian por un mayordomo bien pagado.

Luego que venian de algun paseo, se encerraban á platicar mi amo y el capellan, quien en muy poco tiempo le enseñó á hablar y escribir el castellano perfectamente, y lo emprendió mi amo con tanto gusto y aficion, que todos los dias escribia mucho, aunque yo no sabia qué, y leia todos los libros que el capellan le daba, con mucho fruto, porque tenia una feliz memoria.

De resultas de estas conferencias é instruccion, me tomó un dia cuentas mi amo de su caudal con mucha prolijidad, como que sabia perfectamente la aritmética, y conocia el valor de todas las monedas del reino. Yo le dí las del gran capitan, y resultó que en dos ó tres meses habia gastado ocho mil pesos. Hizo el chino avaluar el coche, ropa y menage de casa: sumó quanto montaba el gasto de casa, mesa y criados, y sacó por buena cuenta que yo habia tirado tres mil pesos.

Sin embargo, fué tan prudente, que solo me lo hizo ver, y me pidió las llaves de los cofres, entregándoselas al capellan y encargándole el gasto económico de su casa.

Este golpe para mí fué mortal, no tanto por la vergüencilla

que me causó el despojo de las llaves, quanto por la falta que me hacian.

El capellan desde que me conoció, formó de mí el concepto que debia, esto es, de que era yo un pícaro, y así creo que se lo hizo entender á mi amo, pues este, á mas de quitarme las llaves, me veia no solo con seriedad, sino con cierto desden, que lo juzgué precursor de mi expulsion de aquella Jauja.

Con este miedo me esforzaba quanto podia por hacerle una barba finisima; y una vez que estaba trabajando en este tan apreciable ejercicio, á causa de que el capellan no estaba en casa, y él estaba triste, le pregunté el motivo, y el chino sencillamente me dijo: ¡Qué no se usa en tu tierra que los extrangeros tengan mugeres en sus casas? Si se usa, señor, le respondí: los que quieren las tienen. Pues traeme dos ó tres que sean hermosas para que me sirvan y diviertan, que yo las pagaré bien, y si me gustan me casaré con ellas.

Halléme aquí un buen lugar para poner en mal al capellan, aunque injustamente, y así le dije, que el capellan no queria que estuvieran en casa: que ese era el embarazo que yo pulsaba; pero que mugeres sobran en México, muy bonitas y no muy caras.

Pues traelas, dijo el chino, que el capellan no me puede privar de una satisfaccion que la naturaleza y mi religion me permiten.

Con todo eso, señor, le repliqué, el capellan es el demonio: no puede ver á las mugeres, desde que una lo golpeó por otra en un paseo, y como está tan engreido con el favor de vd. querrá vengarse con las muchachas que yo traiga, y aun las echará á palos por mas lindas que sean y vd. las quiera.

Enojóse el chino, creyendo que el capellan le quitaria su gusto, y así enardecido dijo: ¡Qué es eso de echar á palos de mi casa á ninguna muger que yo quiera? Lo echaré yo á él!